

## TODO FUE POR AMOR

Teresa paseaba ansiosa por el pasillo de su casa. Miraba el reloj de pared con las manos entrelazadas murmurando entre dientes algo parecido a las letanías del rosario diario.

*-¿Por qué tarda tanto? Todos los meses igual.*

Las cuentas pasaban entre sus dedos temblorosos mientras sus calcetines de media se habían escurrido por sus blancas piernecitas haciendo pliegues en sus tobillos. Atusaba incesantemente su plisada falda gris.

*-Voy a preparar la borraja. Ay Virgen santa, que no he ido ni a por el pan. Cómo se me ha pasado la mañana, por Dios, que no me ha cundido nada por culpa del tío José.*

Cogió la bolsa del pan, bajó las escaleras, se santiguó y salió a la calle. Se tuvo que poner la mano en los ojos, el resplandor del sol la ofendía mucho y volvió a dejar la chaqueta.

*-Pero qué calor en junio, qué pronto ha llegado. Si ayer se estaba tan bien....*

Se fijó en su camisa. Esa rosa tan bonita que le habían regalado sus tíos al cumplir diecisiete años hacía casi treinta y cinco, pero, qué lástima, algo transparente, eso no estaba bien. Subió a su alcoba, y la cambió por la blusa estampada de colores. Se fijó en la ropa más nueva pero pensó:

*– Para más adelante.*

Se volvió a santiguar y tiró calle adelante.

Se encontró a varias vecinas saludándolas amistosamente, y también a su prima Josefina, con quien mantuvo una charla intrascendente y cordial hablando sobre todo de los hijos.

*-Ay Josefina, los meses pasados cuando te llevé la caja vi a los chicos. Qué majos.*

*-Pues sí, Teresa, con veinte y veinticinco años, Bernarda hace días que me hace todo de la casa y Juan, fuerte y trabajador como su padre, se ocupa de lo poco que tenemos o va a trabajar para otros,*

*donde lo llaman. No te creas que a Rafael le hace mucha gracia pero Juan le dice serio: Padre, que ya ha trabajado usted bastante, déjeme a mí y descanse. Pero le sabe mal, hija. Le responde: te crees que soy un inútil ¿o qué? Ya sabes. Los viejos que vamos para abajo y los jóvenes para arriba.*

*-Ay pues sí, qué suerte y buenos son los dos, y guapos.*

*-Sí, una bendición.*

*- Anda, anda, Josefina, que me van a cerrar la panadería. Dales recuerdos. Mañana te llevaré la Sagrada Familia, que el tío Pericote aún no me la ha traído, ¿sabes? Ay qué hombre, que poca formalidad.*

*- No te preocupes Teresa. Cualquiera diría que te tiene que dejar un tesoro. ¿Y cómo no te has puesto algo de lo que te trajo la Dolores? Ya has vuelto a los floripondios esos de hace mil años.*

Teresa se ruborizó un poco.

*-Bueno mujer, ya me lo pondré, ya. Pero me queda bien.*

Respondió estirándose el cuello de la camisa.

*- Y, mira, un tesoro no, pero la Sagrada Familia, hija... es la de nuestro Señor. Hala, recuerdos.*

*-Hola Teresa, que la primavera ya se pasó. ¿Ande vas con tanta flor...?*

Amagó con un movimiento de cabeza, sin mirar siquiera a las dos mujeres que sonreían paseando del bracetete.

Regresó a su puerta casi sudando. Retiró el toldo para abrir la puerta y meterse en casa.

*-Teresa, mira, te traigo la caja. Hala, aquí la tienes.*

*-Un poco más y tengo que ir a pedírsela, tío Pepe...*

*-Mujer, que ansiosa. Vas a ir “derechica” al cielo. Pues ya sabes, todo son faenas y no se para un momento.*

Subió el estuche al salón. La colocó con cuidado sobre la mesa, quitó el pequeño cerrojo de las dos hojas de madera y las abrió lentamente. Allí estaba la Sagrada Familia. Se volvió a santiguar y contempló con devoción. Bajó los ojos y unió sus manos:

*Buenos días Virgen Pura*

*Buenos días San José*

*Buenos días Niño hermoso*

*Buenos días a los tres.*

Así recibía siempre a las tres figuras porque así lo había aprendido de su madre y de sus abuelas. No sabía desde cuándo existía esta tradición en el pueblo, pensaba que desde tiempos inmemoriales. Ya su abuela le contaba de niña que también las suyas la acogían en sus casas. Esa familia recorría en el maletín de madera la casa de todos los vecinos que la guardaban dos o tres días e iba por los hogares hermanando en fervor y fe a todos los residentes del pueblo. Ahora solo la guardaban un día para que circulara más rápido. Cuando una pareja se casaba, se apuntaba en la lista y pasaba a ser miembro del grupo de los que la recibían.

Teresa, al ser soltera, no tuvo la dicha de indicar que ya se la podían entregar en casa propia y, desde que murieron, la recibía en la casa de sus padres.

Era cierto que disfrutaba con este encuentro mensual, no como otros que sabía ella que lo hacían por evitar habladurías maliciosas, aunque no profesaran por la Familia ningún sentimiento, vaya que si lo sabía. Que el tío Pericote era muy buena persona, pero de ir a misa poquico, poquico, solo en funerales y actos imprescindibles a los que era invitado: bautizos, comuniones o bodas de sobrinos nietos. Sí, sí, que alguna vez había visto en su patio, al pasar, que tenía la caja tal como la recibió del anterior vecino, sin abrirla y en el suelo, donde la había dejado hasta pasársela a ella porque en la lista era la siguiente en recibirla.

Acarició las figuras suavemente deteniéndose en los detalles de las tallas, en algún pequeño escorchón de pintura que el paso del tiempo había ajado en las figuras. Qué bondad emanaban sus rostros.

Sí. Recordó el alarido que soltó hacía dos meses al acercarse a la Virgen para verla mejor. Aunque la tocó dulcemente quedó entre sus dedos la santa cabeza de la Inmaculada. La soltó despavorida y cayó al

suelo rodando como las pequeñas pelotas de trapo de los niños. Se santiguó veinte veces y no pudo evitar comenzar a llorar asustada tapando con sus manos su cara avergonzada.

*-Pero, cómo es posible, pero qué he hecho Dios mío...No puede ser. Que me van a excomulgar, derecha al infierno que voy a ir, ay, ay ay.*

Mil pensamientos que tenía, mil veces que se santiguaba, se arrodillaba y gimoteaba sin consuelo.

*-Pero ¿qué voy a hacer?, me van a quemar por bruja. ¿Para qué la habré cogido?*

Bebió agua para tranquilizarse un poco, se sentó, se levantó, lloró, se persignó, se metió en la cama sin cenar, se tapó a cocón y continuó llorando hasta que quedó dormida.

Se despertó sobresaltada y sofocada por una pesadilla horrorosa de la que se incorporó desorientada. No sabía qué hora era, pero se sentó de nuevo frente a la caja. Temió que si veía luz algún vecino desde la calle pensaría mal, así que bajó las persianas, cerró las contraventanas, y corrió las cortinas. Por si acaso. Allí seguía la Virgen tumbada por un lado y su cabeza a dos palmos. La agarró casi con temor y la observó y remiró por todos los lados. ¿Cómo se había podido desprender de sus hombros? ¿Cómo podría arreglarla sin que nadie se enterara? Sería la comidilla de la parroquia. No, no, esto lo sabrían todos los feligreses. Sería la burla de sus vecinos, del pueblo entero y de los de alrededor y hasta es posible que el escándalo llegara al obispado. Se tocaba la frente con las manos apesadumbrada sin saber qué hacer. ¿Y si esto llegaba al Papa?

Siendo su lema y norma de vida la discreción y el decoro, no lo resistiría. Si sus padres vivieran seguro que arreglaban este entuerto pero ya solo estaba ella para ocuparse de todo, la casa, la hacienda y cualquier problema grande o pequeño que pudiera surgir, doméstico, agrícola, económico o de cualquier otro tipo. Y no era tonta, no. Y tenía ánimos para todo, pero.... ¿Esto? ¿Quién podía prever un desastre semejante?, que trascendía la vida terrena para toparse con asuntos celestiales y bien gordos y graves.... Qué pesadumbre.

Entre sus dedos le dio mil vueltas a la cabeza.

*-Pero ¿se ha soltado, se ha roto? ¿Habrá sido una señal de la santísima, me habrá querido indicar algo? ¿Me habré portado mal? Dios mío ayúdame en este trance que no me quiero condenar.*

La expresión de la Virgen no había variado, seguía siendo la dulzura hecha rostro. Consuelo y amparo para todos, no podía abandonarla en estos momentos. De alguna manera tenía que recomponer la figura, mostrarse como siempre cuando al día siguiente la entregase a su prima.

*-¿Y si le digo a Juan que la arregle? Es mañoso, pero no, no, cuantos menos lo sepan mejor, además, seguro que mi sobrino, aunque bueno, se burla del desaguisado. Que no. Si la devuelvo bien y se le rompe a otro, mira, la culpa ya no es mía. Porque, claro, quién me dice que el tío Pericote no fue el causante de este desatino y me la dejó esta mañana ya rota ¿eh? Seguro que se le cayó a él y me quiere echar a mí el muerto. Hombre, buena persona es, y nunca ha dado que hablar. Que no va mucho a misa, es verdad, pero, en fin, también si puede hacer un favor lo hace. Y amable y para los años que tiene, no vamos a negarlo, tiene buen porte el hombre. Trabajador y unos sesenta años ¿por qué no se casaría? Sería bien plantado de mozo. Aún tenía algo... Venga, venga a lo que estamos, que lo urgente es la Virgen.*

Cogió la cabeza y la miró, observó con curiosidad que tenía un cuello excesivamente largo en proporción al rostro. ¿Por qué? Qué curioso, la base era algo más estrecha que debajo de la barbilla. Sujetó con el pulgar y el índice los laterales de la cabeza de la Virgen, en concreto por las orejas, y trató de introducir la cabeza en el hueco de la talla que quedaba a la vista, a la altura de los hombros. Sacaba la lengua prestando toda su atención, con cuidado extremo. Pudo meterla un par de milímetros pero se atascó y ya no entró más.

*-Qué raro. ¿Por qué ya no entra? Si falta tan poco para colocarla como estaba. ¿Y si empujo con más fuerza? No, no. Lo que faltaba, que encima “esnucara” a la pobre Virgen y le partiera el cuello.*

Tuvo una idea. Sacó de un cajón las pinzas de las cejas para ver si se había quedado dentro del torso algo que impedía meter toda la cabeza. Comenzó a raspar con las pinzas por el interior del hueco de la figura de la Virgen y, sí, entonces notó un pequeño fragmento que sobresalía.

*-¡Una astilla! Aquí tropieza el cuello de la Virgen. Esto se va arreglar.*

Pero se sorprendió cuando al tirar de las pinzas salió un pedazo de papel enrollado.

*-Ay, ay, ay, ¿qué es esto, qué es esto Dios mío? No me sometas a más pruebas.*

Sacó el cilindro atado con un cordel.

*-Pero Virgen santísima ¿por qué tienes este papel en tu interior? ¿Es un mensaje divino?*

Dudó en contárselo al mosén a la mañana siguiente. Estaba sobrepasada y no sabía qué hacer. Pasó varios minutos dando vueltas al cilindro, mirándolo por arriba y por abajo. Levantándose, paseando, sentándose, cruzando las manos, rascándose la barbilla y la cabeza. Al final se decidió. Deshizo el nudo del cordel, lo desenrolló y viendo que contenía frases comenzó a leer.

*-Un poema ¡¡¡ Un poema de amor !!!*

Cuando te veo andar  
Se me alegra el alma  
Pasas y me saludas  
Y mi corazón estalla.

Tus ojazos me iluminan  
Tus piernas me persiguen  
Y tus brazos me atenazan  
En mis sueños imposibles.

Tímida, muy discreta  
Pareces amapola  
Adornando los trigos  
Entre los campos, roja.

Por fin llegó el buen tiempo  
Otro hermoso mes de abril  
De nuevo trajo ilusión  
A todos, a ti y a mí.

No hará falta una iglesia  
Abandona tu temor  
Pasearemos juntos  
Como en los libros de amor.

Te quiero

Se santiguó innumerables veces.

*- Dios mío. ¿Esta blasfemia? ¿Quién se habrá atrevido? Y dentro de la Virgen.*

Sus pensamientos divagaban sin poder calmarse... Y releía los versos sin poder dar crédito. Hacía gestos de incredulidad y miraba a uno y a otro lado de la habitación temiendo que algo o alguien la descubriesen. El sofoco era máximo.

*-Ay, ¿quién será este hereje, maña? ¿Quién me lo escribe y cómo no me lo dice en persona? Vamos a ver, tengo que calmarme y pensar. Y no lo puedo contar a nadie. Y a mis años, hombre, que aún me conservo pero no son maneras, oye. ¿Me quiere o está enamorado de mí? Bien, pero decir que no hace falta la iglesia...*

Un pensamiento la asaltó y la detuvo en seco:

*-Está casado.*

Empezó a echar cuenta de las familias que recibían la caja con la Santa Familia antes que ella. “La” Tomasa no puede ser porque es viuda, pero su hijo Sebastián hmm, sabía que estaba festejando con Luisa, la de Sara, tenía veinte años, no creía que fuera, pero alguna mirada picarona había creído adivinarle alguna vez. No sé...

Andrés el curro, este era más raro que la calentura, solo pensaba en trabajar y aunque soltero y mayor ¿cómo iba a tener ni ganas ni talento para escribir poesía? No estaba siquiera segura que supiera escribir. Eh, pero recordó que una vez, hace años, la sacó a bailar en las fiestas. Todo el mundo se volvió a mirar sorprendido. Casi más que ella misma que se aferró desesperada al brazo de su amiga Lucía sin saber qué hacer ni dónde mirar. Hasta la orquesta pareció dejar de tocar de la sorpresa. Por supuesto le dijo que no.

*-Virgen Santísima que no sea él....*

¿Y Ramón?, pero si es muy devoto y casado con Lucía, su amiga. No, no podía ser, pero, bueno, era un poco verderol, casi descarado, es cierto. Su mirada, agrandada por sus gafas de culo de vaso, podía resultar algo sucia aunque esa sonrisa bonachona que le lanzaba cada vez que la veía...

No, no, pero dice que no hace falta la iglesia. Por Dios, iba a darle un soponcio. ¿Qué cavilaría Lucía? Con lo mal pensada que era creería que se había insinuado de alguna manera a su marido. Pero ¿dónde? si apenas se veían. ¿En la misa cada domingo? Cómo era capaz Lucía de pensar eso...

¿Quién más quedaba? ¿Manuel? Algo más joven que ella también estaba casado. Apenas tenían relación por unos jaleos entre sus padres de hacía muchos años. Ella ni siquiera se acordaba. Creía que había sido por lindes de tierras y cosas así, pero el caso es que esa separación de las familias había continuado en los hijos y, aunque se saludaban ligeramente, muy pocas veces habían hablado más de dos palabras.

*-¿Si fuera él? ¿No habré sido su pasión secreta? No, por Dios, no....*

Ah y el tío Pepe Pericote, pero es soltero y se entretiene más con su trabajo y sus libros que con cualquier otra cosa. Sí, era raro, muy educado y siempre olía muy bien, algo que lo diferenciaba de la mayoría. Cuando no trabajaba lo podían encontrar en cualquier rincón leyendo. Debajo de un árbol, disfrutando de algún tanto de los mozos que jugaban al frontón. Incluso en el banco de la iglesia aunque, se repetía, muy devoto no era. Cómo iba a ser el tío Pericote, por favor, pero, claro, sabía escribir y libros tenía muchos. Incluso le había dejado alguno en alguna ocasión para que se distrajera, especialmente durante el luto por sus padres.

*-Sí, sí, tanta amabilidad quizás escondía algo. Es mayor, pero no feo. Madre mía, ¿quién habrá sido el autor de semejante tropelía...?*

Al día siguiente, con la cabeza y el mensaje de la Virgen ya en su sitio, todavía con los nervios de la noche, entregó la caja a su prima Josefina. Recorrió el tramo que separaba sus casas porque aunque era su vecina próxima por la parte del manzano, había unos centenares de metros entre sus casas puesto que el pequeño arroyo separaba las dos viviendas y las dos partes del pueblo. De ahí que no coincidieran muy a menudo.

*-Sin el barranco en un pis pas le entregaba la caja a la Josefina, pero así tengo que perder casi media hora todos los meses. En fin, paciencia y por lo menos el entuerto de anoche se arregló. Que nervios he pasado. Si aún estoy como un flan.*

Bernarda estaba barriendo la parte de calle de su casa.

*-Hola tía, ¿qué tal estás?*

*-Bien maña, ¿y tú?, que os traigo la caja. Chica, cada día estás más guapa. No sé qué haces, ya tendrás novio, ¿eh?*

*- Ja, ja, tía, para novios estoy yo. No tengo tiempo. Con todo lo que hay que hacer y como están las cosas, me tenía que poner ahora a festejar. Mi madre me “esloma”.*

*- Que exagerada, pero sí, hija, haces bien, que lo primero es ayudar en casa, que cuando faltan los padres, ay, sí se echan en falta. Pues sí, no sé dónde vamos a ir a parar. En la panadería han hablado de algo que oyeron ayer en la radio del bar o leyeron en la prensa, ya no me acuerdo. Madre cómo se está poniendo esto de feo. ¿Qué tal tu padre y tu hermano?*

*-Bien tía, están bien. Al campo, como siempre, sin parar. Véngase un día a comer y así nos cuenta, que solo nos vemos en la iglesia.*

*-Bueno, pues sí, ya me vendré cualquier día, que a ti y a tu madre aun os veo los domingos pero a tu padre y a tu hermano no los voy ni a conocer.*

*-Ja, ja. Ya sabe cómo son tía, siempre de faena. Si no, no nos llega....*

*-Tira, que también hay que tener tiempo para el Señor, que si no, les pesará. Dales luego un beso de mi parte.*

*-Claro, tía, se lo daré a los dos.*

Durante mayo esperó ansiosa que llegara la Familia. Le pareció mucho más largo de lo normal. No veía el día en el que el tío Pericote le pasara la caja.

Oyó el picaporte y cómo se abría la puerta.

*-¡Teresa!, ¡toma, aquí te la dejo!, pero no corras, mujer, que te vas a caer por las escaleras.*

*-No, no, tío Pepe. Es que bajo así porque, porque, porque... si no se me va a quemar la comida, sabe...*

*-¿Ya estás haciendo el puchero?, pero si son las diez aún.... Te la he traído antes porque como el mes pasado me retrasé un poco y te supo malo. Digo, hala, para que no me grite otra vez "la" Teresica...*

*-Esto... no, no. Este mes ha venido más pronto, pero, vamos, que para el caso que le hace a la Sagrada Familia podía traérmela antes también ¿no?*

Al instante se arrepintió de lo que había dicho. El tío Pericote le lanzó una mirada dura. Pareció que iba a contestarle enfadado porque una vena de su cuello se había hinchado, pero respiró lentamente y la rojez de su cara fue disminuyendo.

*-Perdón tío Pepe, no quise decirle eso.*

*-No te preocupes, no pasa nada.*

*-No se vaya así, tío Pepe, no se vaya así. Pero, ¿va a llorar? No he querido molestarle.*

*-No, no, tranquila, estoy algo nervioso. Ya está olvidado.*

*-Tómese un moscatel o una tila. Lo que quiera. ¿Qué le pasa?*

*-Nada, nada, Teresa, cosas mías. Ya sabes. Todo se está enredando mucho y me duele.*

*-Sí, sí, eso dicen. Yo no entiendo de política pero eso de que quemen iglesias no me parece gota bien.*

*-Sí, así es, pero hay más cosas. No solo estos hacen esas cosas. Los otros están tratando de acabar con el nuevo gobierno como sea y son poderosos.*

*-Bueno, eso ya no lo sé, ni lo entiendo, pero ¿qué culpa tienen las iglesias?*

*-Y los muertos de hambre y los miserables ¿qué culpa tienen, Teresa? ¿Hace la iglesia algo por ellos? ¿Dice algo en su favor? ¿O sigue pidiendo resignación?*

Teresa bajó los ojos.

*-Adiós tío Pepe. Le vuelvo a pedir perdón.*

*-No hay de qué, Teresa, perdóname tú.*

Teresa cogió la caja y subió rápidamente. Abrió las dos puertecitas. Rezó su oración mecánicamente: “buenos días a los tres”. Se santiguó y le arrancó la cabeza de cuajo a la Virgen, esta vez conscientemente. Y sí, había otro mensaje. Lo sacó, deshizo el nudo y comenzó a leer. Parecido al anterior. Apretó el papel contra su pecho y sus ojos cerrados sintieron la alegría de ser amada realmente. Qué bellas palabras, qué emoción contenida reflejaban esas líneas. Seguía sin saber quién era el autor de los versos y, de hecho, a todo hombre con el que se cruzaba lo miraba con ojos acechantes, tanto que alguno, extrañado, seguía mirándola un rato. Claro, que como ella también se volvía tenía que girar la cabeza apresuradamente.

*-Qué vergüenza. Me ha visto que le miraba.*

Y giraba de nuevo la cabeza en un instante a ver si él todavía la observaba. El hombre por supuesto continuaba andando cavilando en sus cosas.

Al día siguiente le llevó a su prima la caja, pero en esta ocasión se encontró con su sobrino.

*-Hombre, Juan, cuánto tiempo, ¿qué tal estás? ¿Estás enfermo que no has ido al campo?*

*-Hola tía, qué alegría. Mi madre y mi hermana están allá arriba, sube y nos bebemos un café con leche y unas madalenas. Hoy no hemos ido a ningún sitio. No me ha llamado nadie para ir de peón. No van bien las cosas, pero ya vendrán tiempos mejores. Así ayudo a mi madre que hace días que me dice que hay unas tejas rotas y gotea algo en el granero. Las voy a arreglar.*

Vio a su sobrino más hombre, más hecho y maduro. Siempre había sido sensato y fuerte y con esa sonrisa que, seguro, atraía la mirada de las mozas y derretía sus corazones, tal como ella misma se sintió al leer la nueva poesía el día de antes.

*-Anda, anda madalenas, si recién he desayunado. Dale la Familia a tu madre y un beso a tu padre y a Bernarda. ¿Y esos libros de esa caja que tienes ahí?*

*-Ah, nada, tía.*

Libros gordos, se fijó Teresa. De esos que alguna vez había visto en el despacho del abogado en Borja que gestionó el testamento de sus padres. Libros que, pensó, se tardarían años en escribir y ni siquiera sabía para que servían. Ella tenía una biblia en casa y ya era suficientemente voluminosa. De hecho nunca la había leído entera. No concebía tantos conocimientos en el mundo para que hubiese los libros que decían que podía haber. Quizás más de cuatro o cinco mil. ¿Quién podría saberlo? Y lo más increíble, ¿para qué tanta letra?

*-De vez en cuando leo algo, pero como no tengo costumbre se me hace muy cuesta arriba. Tienen unas palabras muy largas y complicadas, pero quiero aprender a ver si salimos de la pobreza, ja, ja, ja. Mira, mira, aquí dice: A-lie-naaa-ción, Bur-gue-ses y Pro-le-ta-riaaa-do, Fra-ter-ni-dad. ¿Habías oído alguna vez esto? A mí me cuesta entenderlo, pero bueno, iremos poco a poco.*

*-Chico, si te estás volviendo raro. Se te va hacer la cabeza chichota. Deja, que tengo que ir al lavadero, hacer la colada, tender y coger la botija. Hala, un beso.*

*-¡Uy, pero cuánto rato he estado en Babia? Todos estos días esperando y ahora me he quedado en la inopia.*

Había perdido la noción recordando el ajetreo de los meses anteriores y se le había olvidado lo más importante: leer los nuevos versos de amor. Decapitó de nuevo a la Virgen pero creyó morir cuando vio que no traía nada. Qué desazón. Agarraba la Virgen, incluso con brusquedad y acercaba su ojo hasta el hueco del cuello a ver si contenía algo. Salió al corral, al sol, a ver mejor si es que se había metido más adentro y no salía el papel por alguna razón. Pero no, no había nada. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba su amor secreto, su pasión? ¿Habría caído enfermo? ¿Habría muerto?

No, no. Solo la tía Ignacia había fallecido el último mes, pero hombres, ninguno. Temía lo peor. ¿Se habría desamorado? Hasta se había comprado ropa nueva que había encargado a una prima que había ido de médicos a Zaragoza.

*-Teresa, yo te traeré lo que quieras, mujer, que llevas lo mismo hace treinta años, que te vas a morir la más rica del cementerio.*

*-Pues sí, Dolores, ya me he decidido, hala, que la vida son dos días y lo que se han de comer los gusanos que lo disfruten los humanos. Ya que me he decidido tráeme varias camisas, alguna falda y cinco o seis bragas.*

Esto último lo dijo en voz baja.

*- Toma el dinero.*

Su prima no se lo podía creer. Fervorosa devota de todos los santos, la Virgen a la que más devoción profesaba Teresa era sin duda a la del Puño Prieto. ¿Cuántos años hacía que su prima no renovaba ni un triste pañuelo? Era criticada por eso y por un carácter que tantos años de soledad habían moldeado hacia una introversión y timidez casi enfermizas. Pero Teresa lo único que anhelaba era recibir la siguiente misiva y que se decidiera ya el desconocido a presentarse oficialmente de una vez. Ya valía de tanta “tontadica”, que ya eran “mayorcicos” y no estaba para perder más el tiempo. Pero en esta ocasión no llegó ni una letra siquiera. Lloró amargamente toda la noche y cuando Josefina la vio a la mañana siguiente al recibir la Virgen se lo notó.

*-¿Qué te pasa que parece que vienes de entierro?*

*-Nada, nada Josefina, he dormido fatal. Un dolor de cabeza que parece que se me va a romper en dos.*

*-Vaya, pues tendrás que ir al médico*

*-Pues sí, seguramente, si no se me pasa iré. Ya veremos.*

El mes pasó dolorosamente lento para Teresa. No sabía qué pensar. No le apetecía salir a la calle. Apenas comía. Además los calores ya habían llegado, normal, casi mitad de julio. El tío Pepe le entregaría la Sagrada Familia en unos días pero había perdido la ilusión.

El dieciocho todo se volvió del revés. Alborotos y carreras en la calle la hicieron asomarse al balcón. Los vecinos hablaban en corrillos y gritaban algo del ejército de África, pero no entendía nada.

*-¿Qué ocurre, Pascuala? ¿Qué es todo este jaleo? ¿Por qué vas llorando?*

*-Hija, que se ha levantado el ejército. No sabemos qué va a pasar. En Zaragoza mandan los militares y van a movilizar a filas a los mozos. Métete en casa y no salgas. ¡Y compra comida! ¡Y reza mucho por lo que pueda pasar! ¡Ay, que desgracia! ¡Dios nos ampare!*

Se arrodilló frente al crucifijo del salón y comenzó a rezar. Algún vecino pasaba gritando: *¡guerra, guerra! ¿Era posible?*

Pasaron dos o tres días y no se atrevía a salir de casa. Se alimentó poco, escasamente con huevos y algo del mondongo que sus primas y vecinas le habían ayudado a preparar en enero. Ni siquiera había ido a por el pan. Tan solo un momento salió una tarde a preguntar a su prima Josefina, pero estaba tan nerviosa y tan asustada que apenas la entendió. Pensaba que a Juan lo iban a reclutar enseguida con los de su quinta y no podía ser.

*-¿Quién trabajaría entonces?*

Se lamentaba enjugándose las lágrimas con el delantal. Sin embargo en la mayoría de las casas ocurría lo mismo, incluso en las que había hijos tendría que marchar el hombre dejando a la mujer sola, aunque estuviera encinta...

*-¿Qué sindió era esto?*

*-Calla, calla Josefina. No blasfemes. Y Juan ¿cómo está?*

*-¿Cómo ha de estar, Teresa? Muerto de miedo y nervioso, dice: “qué coño voy a ir a la guerra, madre. No se preocupe que yo me quedaré con ustedes”.*

*-Por Dios, que no vaya a más esto.*

Bajó la voz hasta susurrar.

*-Que se están oyendo unas barbaridades que no sabemos qué pensar.*

*-¿Qué dices, Josefina? ¿De qué barbaridades hablas?*

*-Pues de muertes, Teresa, de jóvenes y viejos, de mujeres y hombres que los cogen y los fusilan en las tapias o las cunetas.*

*-Santísima Virgen, no puede ser. Me voy, me voy, cuidaros mucho.*

Cuando llegó a casa vio al tío Pepe esperándola. Casi lo había olvidado.

*-Tío Pepe, ¿qué tal está? ¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo ve todo esto?*

*-Mal, hija. Ya ves, lo que más temía que fuera a pasar ha sucedido pero mucho peor. Esto no hay quien lo arregle. Te lo digo a ti en confianza pero seguramente me iré muy pronto. No estoy seguro aquí. Toma la caja y cuídate mucho, Teresa.*

*-Pero, pero ¿por qué? ¿Usted no ha hecho nada, no?*

*-Qué voy a hacer hija, tú me conoces y sabes que no. Pero no es lo que has hecho sino lo que eres o lo que creen que eres o creen que has dicho o escrito, y eso me pone en peligro.*

*-No entiendo nada, pero cuídese mucho tío Pepe. Deme un abrazo. Rezaré mucho por usted.*

*-Sí, hija, y reza por todos.*

Se subió la Virgen a casa llorando. Todo estaba desmoronándose. Abrió el estuche y se santiguó hipando. Agarró la Virgen con lentitud, pensando en la situación que estaban comenzando a vivir tan insospechada. Descabezó a la Virgen sin prestar atención pero, no lo podía creer, vio la punta de un cilindro blanco asomando por el borde del cuello. Se secó los ojos, dejó todo y se concentró en leer el texto.

*Esta es la última vez que te escribo. Solo te pido una cosa, Juan: huye cuanto antes. Yo estoy marcado. Vienen a por nosotros. Vete, Juan, por lo que más quieras. He sido tan feliz contigo, amándote así, simplemente con los mensajes que nos escribíamos y con tus respuestas tan hermosas a través de este correo tan... santo.*

*No hemos podido llegar más lejos. Tenía tantas esperanzas... pero no nos han dejado crecer. Ni a nosotros ni a la República. Espero verte algún día. Lárgate lo más lejos que puedas. Ya !!!!!*

*Pepe, Siempre contigo. Te quiero.*

Teresa estaba atónita. Permanecía inmóvil con la carta entre las manos.

Comenzó a estrujar muy lentamente el papel. Le temblaban los labios. Sentía algo que le subía de lo más hondo de su ser. Una fuerza inexplicable le quemaba las piernas, le abrasaba el estómago, la garganta y la sien hasta hacerse insoportable. Algo cerval. Odio, sí, era odio desde lo más profundo de sus entrañas. Tenía ganas de gritar y de gritarlo. Meneaba las manos con crispación y lloraba de pura rabia. Pero no. No tenía por qué llorar. Sí. La habían engañado y se habían burlado de ella. Su propio sobrino y el viejo Pepe.

*-¡Maricas, rojos! Vaya pareja.*

Empezaba a comprender por qué algunos habían gritado por la calle el daño que habían hecho al país. Ahora lo entendía. Se iban a acordar de ella. Usar a la Santa Virgen para ese, ese, no encontraba la palabra: sí, “corrompimiento”. Rompió el papel en mil pedazos. Bajó y se dirigió firme al local de Falange.

La Sagrada Familia continuó paseándose de casa en casa como siempre. Ya no se la entregaba el tío Pepe. Era Antonio, el del tío Carmelo, el que se la daba, su vecino más próximo ahora. Al tío Pericote lo vio por última vez subir esposado a un camión. Humillado y roto. Cubriéndose para evitar y protegerse de los manotazos, los insultos y las patadas. Cuando marchaba a casa de su prima

a entregarle la Santa Familia, Teresa abrazaba a Josefina y a Bernarda mientras, enlutadas pese a los años pasados, se secaban los ojos y preguntaban lo mismo:

-¿Por qué Teresa, qué mal había hecho a nadie? Y se lo llevaron como a un perro, sangrando por todos los palos que le habían dado al defenderse ¡¡Ayyy, mi Juan!! ¡¡”Pobrecico hijo mío”!!

Mientras las consuela, Teresa mira al infinito y corea maquinalmente sus palabras:

*-Está en la Gloria con el Santo Padre, Josefina. Resignación y perdón, Bernarda, resignación.*

Al recibir la caja cada mes Teresa repasaba con detalle a San José, al niño y a María. No sentía nada, no se santiguaba ni rezaba. Miraba las pequeñas esculturas sin inmutarse, sin un ápice de emoción. Era mayor, le quedaba poco tiempo y ya solo deseaba y esperaba que alguien, algún día, hallase el mensaje que había introducido en la talla de madera para desahogar su conciencia y liberar sus pensamientos. ¿Hasta dónde había llegado con su plan aquel día? Lo que declaró aquella mañana al cruzar la puerta acalorada, indecisa, temerosa y vacilante ante aquel brazo en alto que la saludaba se lo llevaría a la tumba. Solo lo conocía la Virgen.

*Carlos Gracia Sancho*